

ternarse éste ante él, le dijo en tono amenazador: «Os enseñaré á reiros.» De seguro no ignoraban entonces los mediadores que Carlos no tomaría la mano del príncipe humillado, despues de haberle notificado que levantaba su declaracion de fuera de la ley y que no le castigaria con pena de muerte ni confiscacion ni prision durante toda su vida.

Antes de la ceremonia habian comido los príncipes en casa del jóven Granvela, y por la noche fueron invitados á cenar en casa del duque de Alba, encargado de prender al landgrave Felipe (19 de junio). Los príncipes Mauricio y Joaquin protestaron consternados é indignados contra el proceder del de Alba al prender al landgrave; pero no tuvieron mas remedio que conformarse y contentarse con acompañar al preso un par de dias. El emperador triunfante llevó al parlamento á los dos jefes del vencido protestantismo alemán, aprovechando las ocasiones para hacer sentir á los vencidos su triste situacion, contestando con sonrisa de mofa á las profundas reverencias del elector Juan Federico y con órdenes degradantes de vigilar la persona del landgrave, desesperado y orgulloso; disposiciones que recuerdan las que tomaron en el siglo XVIII los republicanos franceses con Luis XVI y su familia en el Temple. Quizás sabia Carlos V la amenaza atribuida al landgrave de que si alguna vez el emperador cayera en su poder le haria crucificar y ahorcára á cada lado de él á un cardenal. Lo cierto es que Carlos V consideró á este príncipe incansable como el elemento mas peligroso que podia oponerse á su reorganizacion fundamental del imperio alemán y creyó, de consiguiente, necesario hacerle inofensivo.

Una cancion satírica de aquellos dias expresa el cambio ocurrido en la situacion interior de Alemania en estos términos toscos, al estilo de aquel tiempo: «El emperador Carlos de Gante ha disuelto la liga de Smalcaldia y ahora pide vino al Wurtemberg; el landgrave hará de copero, el emperador Carlos vacía la copa y el imperio lo paga todo.»

Habia llegado para Carlos la hora de pensar en realizar sus planes mas ocultos é imponer su voluntad á la Alemania y á la Europa, habiéndose cambiado la situacion general en ventaja suya desde un año antes. En el interior del imperio tenia despejado el terreno para acabar simultáneamente con la herejía y con la independenciam de los magnates; y en Inglaterra y Francia ocurrieron uno tras otro cambios en el gobierno, pues el 28 de enero de 1547 murió Enrique VIII y en 31 de marzo Francisco I, cuyo sucesor, Enrique II, dijo que queria ahorrar los gastos de su coronacion para tener mas recursos que emplear en armamentos; pero por lo pronto prevaleció en la corte de Francia la aversion á hacer la guerra al vencedor de Muhlberg, tanto mas cuanto que habia recuperado toda su influencia en la corte el duque de Montmorency, antiguo partidario de Carlos V. Al mismo tiempo se agriaron de nuevo las relaciones entre Francia é Inglaterra; y aunque, segun la antigua costumbre de la política francesa, Enrique II prometiera á los protestantes alemanes su auxilio, los sucesos en las Islas Británicas absorbieron el interés y las fuerzas de Francia, cuyas tropas lucharon al lado de los escoceses contra Inglaterra, á la cual la Francia queria arrebatar la plaza de Boulogne, que le fué cedida en 1546. Inglaterra, además de estas complicaciones políticas, vió acercarse no solamente una transformacion religiosa sino tambien una grave crisis social, mucho mas exclusivamente agraria que la revolucion alemana de 1525. Eduardo Seymour, duque de Sommerset, gobernador de Inglaterra durante la menor edad de su sobrino Eduardo VI, era personalmente adicto á la Reforma y enemigo de los escoceses y de los franceses, y se le suponian por unos tendencias absolutistas y por otros simpatías democráticas, todo lo cual

impedia que Inglaterra pudiera mezclarse en las grandes complicaciones del continente. Por otra parte los Habsburgos nada tenian que temer del Oriente á consecuencia del tratado de paz que en 19 de junio firmó el rey Fernando con el gobierno turco, obligándose á pagar á este último un tributo anual. Martinuzzi, el dueño de la Transilvania, se inclinó tambien del lado del Austria; las conspiraciones y proyectos anti-imperiales fraguados en Italia habian fracasado; la revolucion de Génova habia perdido por una casualidad funesta á su jefe Fiesco, y la sublevacion de los napolitanos contra la Inquisicion española habia sido sofocada fácilmente en el mes de mayo de 1547.

No obstante, procedieron de Italia el obstáculo y la resistencia mas tenaz que encontraron los proyectos de dominacion universal de Carlos V; y el mismo Papa resultó ser el primero y el mas enérgico adversario que impidió el aniquilamiento completo del protestantismo alemán.

Ya conocemos la situacion singular del papado italiano y sus consecuencias trascendentales. Los papas, para no descender á la situacion de meros vasallos del emperador, se vieron obligados á aliarse con elementos cuyo auxilio político les era necesario para sostener el dominio temporal de la Iglesia, pero que eran en religion enemigos de Roma. Paulo III siguió esta política tradicional, no solamente como Farnesio sino tambien como Papa; pues en todas partes se le atravesaba en su camino el molesto Habsburgo, tanto en lo relativo al concilio como en sus planes codiciosos dinásticos. El emperador queria disponer libremente de Italia; en España efectuar sus proyectadas secularizaciones; en Trento pretendia mandar como dueño absoluto y en Alemania decidir la gran contienda religiosa. En todas partes se enlazaron intereses políticos con los religiosos; en Italia el disgusto del Papa y de sus legados contra la influencia que el emperador queria asegurarse en la asamblea de Trento, coincidió con el descontento de la familia Farnesio, y estos intereses encontrados se habian exacerbado mucho antes de firmarse la alianza entre el emperador y el Papa.

En el concilio general abierto en 13 de diciembre de 1545 en Trento, con la participacion de 34 prelados únicamente, se presentaron desde luego los obispos españoles y el embajador del emperador como núcleo de la oposicion, si bien hubo tambien cierto número de italianos que se expresaron con un espíritu bastante luterano. No se cumplió el deseo del emperador de aplazar la fijacion de los dogmas, pero el partido del Papa hubo de renunciar á un aplazamiento indefinido de las reformas. Las resoluciones tomadas y proclamadas en la cuarta sesion, celebrada en 8 de abril de 1546, decidiendo la conservacion absoluta de la autoridad de la Vulgata y de la tradicion, causaron la ruptura definitiva con los protestantes, ruptura que el emperador tanto habia querido evitar. En la quinta sesion se publicó, tambien contra la voluntad del emperador, el dogma del pecado original, despues de lo cual pasó el concilio á tratar de la cuestion capital, la doctrina de la justificacion. Cuando los obispos españoles apelaron á la proteccion del emperador contra Roma, los partidarios del Papa contestaron amenazando con suspender las sesiones ó trasladar el concilio á otra poblacion. A estas amenazas contestó Carlos V participando al legado Cervino que le castigaria y que procuraria que no estuviera en ninguna parte seguro de él. Mientras las tropas de Paulo III formaban parte del ejército del emperador, éste no reconocia la dignidad ducal de Pedro Luis, el hijo del Papa, el cual además tuvo á su lado á su enemigo decidido Fernando Gonzaga, nuevo gobernador imperial, cuando se habia esperado en Roma que este puesto importante se concediera al jóven Octavio Farnesio. No hay, pues, que admirarse de

que Pedro Luis volviera á sus antiguas relaciones francesas ni de que, como la Francia, tuviera tambien parte en la conjuracion de Fiesco. Pareció inmediata la renovacion de la coalicion anti-imperial de 1526, bien que Florencia y Milan se hallaban en poder del adversario. A pesar de todo, el Papa en medio de la guerra contra los protestantes decidió abandonar al emperador, cuyos triunfos y pretensiones empezaban á espantarle. El resultado de la campaña del Danubio, aunque favorable para Carlos, le obligó á nuevos sacrificios militares y de consiguiente pecuniarios; y Carlos, descontento de la mezquindad del pontífice, que regateaba sus subsidios, pidió no solamente la facultad de exigir á la Iglesia de España los impuestos convenidos, sino la de extender esta medida, que venia á ser una especie de secularizacion de bienes eclesiásticos, á todos los territorios sometidos á la casa de Austria. Paulo III, en vez de acceder á esta extension, retiró (en enero de 1547) definitiva y resueltamente sus tropas de Alemania, justificando esta medida ante su propia conciencia con el pretexto de que el emperador habia concedido á los protestantes vencidos la tolerancia religiosa en lugar de obligarlos á la sumision incondicional al concilio, en el cual justamente el legado pontificio hizo la oposicion al clero español con la proclamacion de la doctrina de la justificacion. El concilio adoptó una actitud cada vez mas hostil no solamente á los protestantes sino aun al emperador, porque decidió formar causa á los obispos que no se habian presentado en Trento, con lo cual se aludia principalmente á los prelados alemanes. Por esto fueron terribles los estallidos de cólera del orgulloso monarca y las frases que tuvo que oír el nuncio en Alemania, al cual el emperador dijo que las excusas de la retirada de las tropas pontificias no eran mas que necia palabrería, y que las felicitaciones del Papa con motivo de los triunfos del emperador eran mentidas. Añadió que el Papa, desde un principio, habia procurado hacerle contraer compromisos interminables; que Su Santidad á pesar de su edad proyecta padecia evidentemente del mal venéreo, y que en sus negociaciones con los protestantes no habia mencionado al Papa porque su solo nombre era odiado en Alemania como en muchas otras partes de la cristiandad por los males que habia cometido, de suerte que su mencion no podia traer ninguna utilidad sino antes bien grandísimo perjuicio. Cuando despues de la muerte de Enrique VIII se exigió de él desde Roma que volviera sus armas contra la cismática Inglaterra, declaró Carlos V que no desenvainaria la espada por amor al Papa ni contra el rey de Inglaterra ni contra nadie en este mundo, aunque fuera la persona mas despreciable; que en adelante veneraria á San Pedro, pero no al papa Paulo, y que por lo tocante á la guerra alemana, no dudaba que á falta de los soldados del Papa, el legado se pondria en la primera fila con el nuncio y entonces se vería lo que los dos hacian con sus bendiciones. En cambio el Papa manifestó al embajador francés su satisfaccion por los triunfos del elector Juan Federico en Sajonia y declaró que el oro francés no podia emplearse mejor que auxiliando á aquellos que hacian resistencia al enemigo comun.

En 11 de marzo se dió el golpe principal en Trento; porque bajo el pretexto de algunos fallecimientos causados por la peste, fué trasladado el concilio á Bolonia. Los españoles se quedaron en Trento contra la resolucion de la mayoría; ya amenazaba un cisma, y con razon dice Janssen que la traslacion del concilio fué una desgracia para la Iglesia.

Lo mismo que en la contienda del emperador contra Clemente VII, personas de mucha influencia instaron á la sazón al emperador á tomar en sus manos la reforma de la Iglesia, tan descuidada por el Papa, y la verdad era que ni Carlos

ni los protestantes hubieran concedido á un concilio reunido en Bolonia autoridad suficiente para resolver la cuestion capital de la época. Ya el republicano Burlamacchi, con sus ribetes de hereje, al caer en poder del emperador despues de su tentativa fracasada de librar á su ciudad patria, Lucca, del dominio toscano, le habia aconsejado que marchara con fuerzas alemanas é italianas contra Roma para librar á la Iglesia de su funesto dominio temporal; y cuando en febrero de 1547 propuso el rey Fernando á su hermano someter á la corte romana y al concilio un proyecto de reforma elaborado por teólogos católicos tanto alemanes como extranjeros, el florentino Cosme de Médicis se encontró casi en la misma tendencia que su enemigo mortal Burlamacchi. En una carta dirigida á Granvela en 6 de febrero, Cosme recomendó que, por lo pronto, sin emplear la fuerza, se ejerciera presion sobre el Papa por medio del concilio á fin de lograr la deseada reforma de la Iglesia, es decir, la supresion pacífica del absolutismo papal y de la tiranía clerical, con lo cual quedaria suprimida la herejía alemana, y que esto daría mas gloria al emperador que todos sus demás triunfos juntos. El único al cual acaso disgustaria esto sería el Papa, pero si pretendiera resistirse en su desesperacion «se le debería castigar de tal manera que los papas renunciaran en vida de Su Majestad y de sus hijos á turbar á cada instante la paz del mundo.»

Hasta entonces Paulo III habia interceptado á sus contrarios el camino pacífico de una reforma conciliar; por manera que la cuestion consistia para Carlos en reducir la Alemania y la corte de Roma á la obediencia.

CAPITULO II

LA REFORMA IMPERIAL

Un humanista italiano habia comparado algunos decenios antes la dignidad imperial con la sombra de un árbol elevado y con el rayo de sol que penetra por la ventana en una habitacion, diciendo que debería probarse una vez á conservar en la mano una onza de esta luz. Esta expresion burlesca perfectamente justificada en otro tiempo no lo estaba ya en el año 1547, cuando el monarca español vencedor se veía dueño de un poder tal que no lo habian tenido mayor Carlomagno ni posteriormente en nuestro siglo por corto tiempo el guerrero corso Napoleon I. El triunfo de Carlos V significaba el del elemento neo-latino, que habia conquistado ya entonces la preeminencia en todas las manifestaciones de la vida, y cómo habia de sufrir este elemento que se le arrebatará la dignidad suprema del mundo cristiano? En todas las expresiones y opiniones de observadores extranjeros de aquel tiempo se manifiesta un gran menosprecio del pueblo alemán, y un embajador de Venecia dice que hasta era indigno que el emperador fuera elegido únicamente por seis señores alemanes, de los cuales los tres eclesiásticos tenian el aspecto de simples clérigos, mientras los otros tres estaban siempre borrachos. Nadie podia negar la riqueza de los dilatados territorios alemanes, sobre todo en recursos pecuniarios y en soldados mercenarios; y de estos recursos parecia dueño á la sazón el emperador. Era general la conviccion de que de un modo ú otro Carlos V modificaria la constitucion del imperio en el sentido de transformar la Alemania en una dependencia monárquica, es decir, en un patrimonio de la casa de Austria, porque, en efecto, desde el emperador Federico III podia considerarse la sucesion en el trono imperial como hereditaria; y al parecer habia llegado el momento de que se cumpliera la profecía famosa de que toda la tierra acabaría por quedar sujeta al Austria. Un erudito alemán se tomó

el trabajo de reunir las innumerables profecías sacadas del Antiguo Testamento hasta las hechas en el siglo XVI, que anunciaban la venida de un emperador magno y sagrado, si bien el pueblo alemán había perdido su afición á reconocer en la persona del monarca extranjero é inaccesible á su profetizado y deseado jefe libertador. Carlos V, no obstante, tuvo desde antes de empezar la guerra la firme resolución, que el mundo sospechaba, de continuar en Alemania, «muerto ó vivo,» siendo emperador; y se preparó á cumplir allí los propósitos de su vida.

Hay un retrato de Carlos V de aquel tiempo, debido al gran maestro Ticiano, que nos representa aquel hombre temible tal y como hoy nos lo figuramos; en él vemos el color cadavérico de su rostro, la mirada penetrante y la barba canosa de aquel hombre envejecido prematuramente por los trabajos que pesaban sobre él y por sus padecimientos físicos. A pesar de su constitución débil se había hecho, con el esfuerzo de su voluntad, caballero en toda forma y guerrero, y con la misma fuerza de voluntad dominó el espanto y temblor que le causaban desde su nacimiento los ratones y las arañas. Cuando se le anunció en Ingolstadt la aproximación de las fuerzas protestantes tembló al primer instante como un azogado, á consecuencia de la excitación nerviosa; y cuando al poco rato se halló ya revestido de su armadura y montado en su caballo de batalla, se expuso con la mayor serenidad al fuego de la artillería enemiga. A estos esfuerzos de voluntad se agregó la actividad febril de los trabajos de gabinete durante decenios, y en las horas contadas de ocio impuso á su cuerpo, débil por naturaleza, excesos sensuales fuera de toda proporción; porque en comer y beber tenía fama de ser uno de los primeros aun en aquella época en que el lujo de la mesa había llegado á ser verdaderamente asombroso. Tampoco podía quejarse el bello sexo de que el emperador lo descuidara, si bien sus amoríos no llamaron precisamente la atención. La diferencia que hubo entre él y los demás hombres, brutalmente sensuales, de su época, fué que nunca faltó á la dignidad, tanto en sus placeres como en sus actos públicos. Jamás olvidó las consideraciones que debía á su posición, como Francisco I y como los borrachos aristocráticos alemanes. Nunca reinaron la alegría ni la expansión á su alrededor, y sin decir una palabra, torciendo á lo más algo la boca como para sonreírse de las chocarrerías de su bufo español, elegía entre los veinticuatro platos que componían su comida diaria los que más le gustaban, y apuraba su gran copa. Un inglés testigo ocular de sus comidas refirió que el emperador tenía la nariz en la copa cinco veces más tiempo que otra persona, y que nunca bebió menos de un cuartillo de vino del Rhin á cada trago. No hacía el menor caso de los consejos de los médicos, que asistían siempre á sus comidas. Estos excesos en la comida silenciosa formaban el mayor contraste con la expansión ruidosa que reinaba alrededor de su hermano, casi demasiado alegre. Un observador francés dice que Carlos vivía por milagro, contra todas las reglas físicas. También pagó duramente Carlos V su intemperancia en el trabajo como en los placeres, pues que nunca le abandonaron ni la gota ni otros males. Al sentimiento del deber se unió en Carlos V una terquedad indomable, debida principalmente al sentimiento de su poderío; y los apuntes de un noble español cuyos descaros unidos á una particular gracia solían gustar al emperador, nos refieren casos de cuando Su Majestad se dignaba decir algunas chanzas, que siempre conservaban un aire de cierto menosprecio altivo. Las únicas personas que eran simpáticas al emperador eran los españoles, porque á los alemanes é italianos no ocultó frecuentemente el desprecio que le inspiraban. Se dice que la única vez que se rió de todo corazón fué cuando su

bufon dijo una chocarrería maliciosa al hablar de los soldados italianos. Mucha preferencia mostró al joven príncipe de Sulmona, lo que la gente se explicaba únicamente diciendo que el príncipe era hijo natural del emperador.

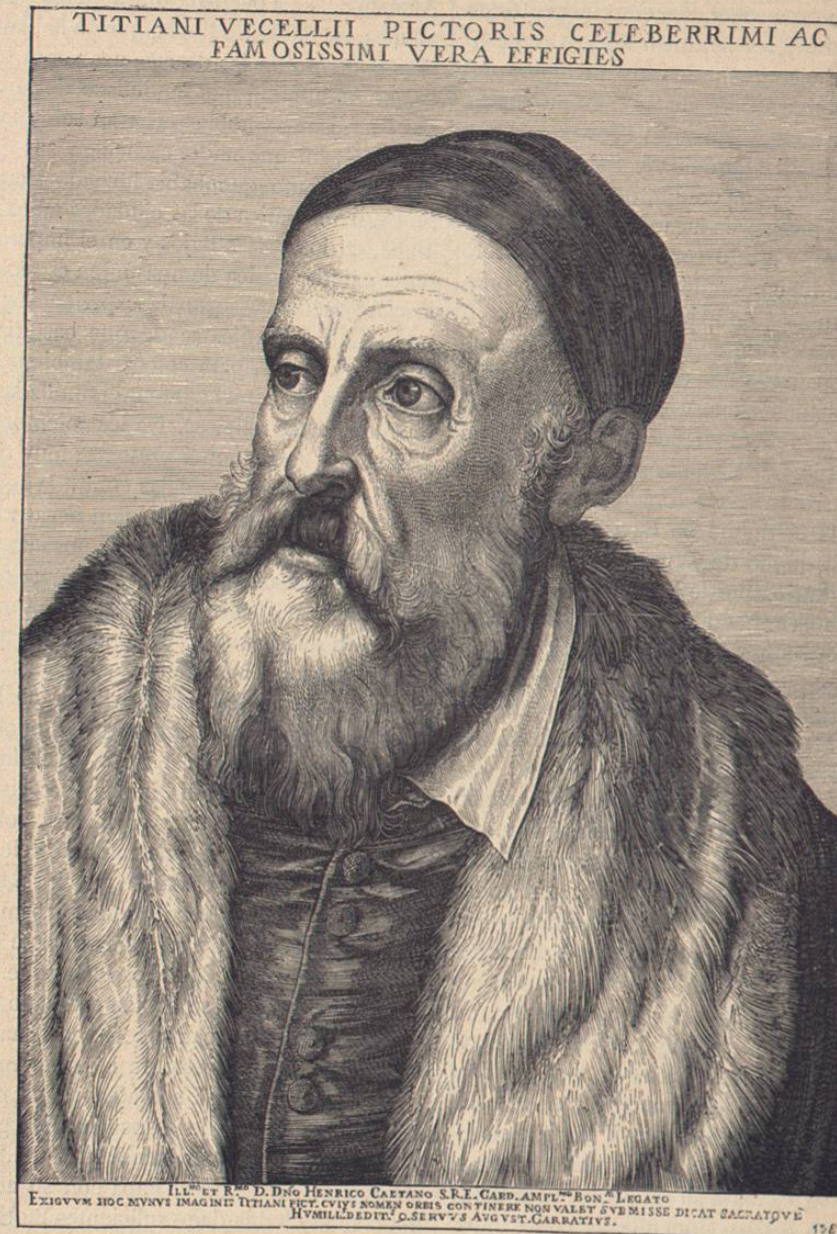
No fué insensible Carlos V á las cualidades brillantes de la civilización italiana, pues que en 1530 visitó en Bolonia iglesias y conventos no solamente por devoción sino también como conocedor y coleccionador de tesoros artísticos. También nombró caballero y conde palatino al mayor maestro veneciano, que tuvo el honor de retratarle diferentes veces, y no solo ocupó sino que también honró á otros artistas. Como prueba de que el emperador era hijo del Renacimiento, se llevó un pintor en su expedición á Túnez é hizo pasar á Alemania al anciano Ticiano, á pesar de estar los Alpes cubiertos de nieve, á la conclusión de la guerra de Smalcalda, para que le retratara de cuerpo entero. Esta protección imperial no era inspirada solo por el sentimiento estético, sino también por el deseo de hacer imperecedera su memoria. Las aficiones astronómicas y mecánicas de Carlos V eran las de un maestro en la ciencia política, para el cual es solo un gran problema matemático la dirección de los hombres y el aprovechamiento de sus fuerzas y debilidades.

La única pasión verdadera de este genio taciturno era la política; y hasta su religiosidad, que era sincera, estaba mezclada de elementos políticos, de suerte que en su alma los intereses de la religión católica se confundían con los monárquicos tan estrechamente, que jamás se opusieron escrúpulos religiosos á este emperador ni en sus propósitos ni en los medios que eligió para realizarlos; y hay un fondo de verdad en la observación de un diplomático francés de que en concepto de Carlos V solo tenían valor la religión, la justicia y el honor en cuanto favorecían sus propósitos, pero no más allá. La mejor prueba de que eran los asuntos políticos los que más podían exaltarle, fué la violencia indómita que solía arrebatar á este príncipe, tan cauteloso y taciturno, cuando algún adversario ó aliado le desbarataba algún plan. Entonces se volvía súbitamente elocuente, hasta mordaz y aun insultante; el emperador se presentaba al mundo como diplomático, ya que él mismo había aprendido á efectuar personalmente los trabajos políticos más delicados, á pesar de que en el quinto decenio de aquel siglo el viejo Granvela tenía fama de ser todopoderoso. Este borgoñon, que había subido de posición humilde hasta llegar á ser confidente del monarca más poderoso, se vió solicitado y lisonjeado por príncipes y embajadores, y aceptó sus halagos y presentes como un tributo debido á su posición, sin faltar por eso á lo que cuadraba á los intereses de su amo, que estaba al corriente de todo. La guerra de Smalcalda había resultado para Granvela una verdadera mina de oro, y con mucha satisfacción señalaba sus carros y acémilas cargados de riquezas llamándolos *peccata Germania*. Al lado del padre, de aspecto imponente, los hijos empezaron á hacer su papel, en especial el obispo Antonio de Arras, que parecía ser el natural sucesor de su padre. Granvela bien pudo alabarse de conseguir alguna cosa del emperador y de suavizar el efecto de sus explosiones de ira ó disimular con su amabilidad el mal humor de su soberano; mas no por eso tuvo la menor intervención en la decisión de cuestiones importantes, pues hasta el último momento fué adversario de la guerra de Alemania y acaso contrarió también más ó menos las opiniones personales del emperador en asuntos de religión, sobre todo para contentar á los protestantes. Sin embargo, este ministro excitaba la imaginación de Carlos V teniendo á su disposición una verdadera mina inagotable de proposiciones, que cada día le escribía y las hacía entregar al emperador cada mañana por un camarero que no sabía leer; sin que esto le diese ninguna

superioridad sobre su soberano, el cual quería solamente reflexionar á solas y llegar así á tomar sus resoluciones con toda independencia, sin que nadie le distrajerse de sus ideas. Una vez tomada su resolución, no renunciaba fácilmente á ella, si bien no ignoraba, como dijo en una ocasión á Contarini, que á veces insistía en opiniones erróneas.

Para los alemanes, esta manera de gobernar era muy sin-

gular y completamente extraña á sus costumbres; y hasta aquellos que seguían fielmente las banderas del emperador se creyeron postergados á los servidores extranjeros, que al parecer gustaban más á Carlos V que los alemanes y se adaptaban mejor á su carácter. El desenfreno horrible de las tropas españolas é italianas horrorizó mucho más á los alemanes que el modo de ser de su soberano. Aquellas no distin-



Ticiano Vecellio

Grabado en cobre de Agustín Caracci (1558-1601)

guían entre los territorios de amigos ni de enemigos del emperador y dejaban muy atrás los peores excesos de los soldados mercenarios alemanes, sobre todo tratándose de mujeres, casadas ó solteras. Carlos V, escoltado por estas tropas desenfrenadas, se dirigió lentamente al parlamento que se abrió en Augsburgo el 1.º de setiembre de 1547. La ciudad y las inmediaciones estaban llenas de soldadesca, y en las calles se originó hasta un motin temible de infantería mercenaria, á la cual se debían sueldos atrasados. El motin quedó ahogado en sangre por medio de ejecuciones capitales, de las cuales también fué víctima un jefe alemán protestante, que había enganchado tropa por cuenta de Francia y que cayó en manos de los españoles por la astucia de un oficial imperial.

LA REFORMA

Antes de reunirse este parlamento, el rey Fernando había convocado los estamentos, ó mejor dicho, á los nobles de Bohemia, á los cuales había hecho perder sus aficiones de rebeldía con el auxilio del nuevo príncipe elector Mauricio. Fueron convocados en Praga, siendo precedida su reunión por ejecuciones capitales, al paso que fueron duramente perseguidos «los hermanos bohemios» como elemento de oposición.

Los dos hermanos Habsburgos querían someter á su voluntad á toda la Europa central por medio del terror. Así cayó el 10 de setiembre bajo los puñales de asesinos en la ciudadela de Piacenza el hijo del Papa, Pedro Luis, con el asentimiento del gobernador imperial de Milan, el cual ocupó la

ciudad en nombre del emperador, que estaba enterado de todo. El emperador habría deseado salvar la persona de Pedro Luis, pero no llamó á cuentas al gobernador Gonzaga ni restituyó la ciudad de Milan.

Ante un potentado que tales medios empleaba no habia seguridad para nadie, y mucho menos para los magnates alemanes, á cuyos colegas cautivos maltrató Carlos V á la vista de los demás. A los embajadores de Pomerania, cuando en Augsburgo aseguraron que sus soberanos eran inocentes en cuanto á la fatal carta de los jefes de Smalcalda, se contestó que el emperador probaria contra todos los miembros del imperio que él tenia suficiente sangre alemana de príncipe y nobles y además el poder de castigar tanto á los unos como á los otros segun su voluntad. Mauricio de Sajonia dijo al duque de Alba, para halagar al emperador, que esta vez duraria poco el parlamento, porque en lugar de discutir se reduciria á obedecer órdenes; y á esto correspondió en efecto la actitud muy cambiada del emperador al tratar á los príncipes alemanes que habian asistido al parlamento, porque en lugar de salir hasta la escalera de su alojamiento para recibirlos y en lugar de acompañarles á la despedida, los recibió y despidió despues simplemente en su cámara imperial. A consecuencia de la victoria del emperador subieron al trono electoral los nuevos electores de Colonia y de Sajonia; y si el conde palatino se sostuvo en su electorado á pesar de pretenderlo con gran energía el duque de Baviera, fué por la gracia del emperador. El duque de Wurtemberg corria el peligro de perder su territorio, que le habia dejado Carlos, si perdía el pleito que le habia armado Fernando. Los Hohenzollern recibieron del emperador el encargo de ejecutar la declaracion que ponía fuera de la ley á su primo en Prusia. En fin, dice Ranke, no habia familia principal en el imperio que no dependiese de una ú otra manera de la benevolencia del emperador.

A pesar de esto tuvo Carlos que experimentar en el apogeo de su fortuna y poder la fuerza de la resistencia pasiva que tiene su origen en condiciones históricas. Carlos quiso formar una liga á manera de la liga de Suabia, que abarcara todas las clases de miembros del imperio, que mantuviera un ejército permanente y que evitara la pesadez de las discusiones usando un modo de votar mas breve, hasta hacer quizás superfluos los parlamentos hasta entonces usados; mas habiendo ya fracasado la reforma interior del imperio en tiempo de Maximiliano, estrellándose no solamente contra la resistencia del rey sino tambien contra la indolencia de los mismos miembros del imperio, menos pudo Carlos V vencer en éstos la rutina tenaz, que se habia hecho segunda naturaleza, sobre todo desde que se agregaba á su terquedad habitual el temor muy fundado de un robustecimiento del poder imperial. Carlos, no obstante, consiguió á lo menos una parte de lo que deseaba por medio de resoluciones parciales que le dejaron el nombramiento de los miembros del tribunal imperial, cuya organizacion fué notablemente mejorada y de cuyo gasto se encargaron los miembros del imperio; y despues de alguna resistencia consintió el parlamento tambien en establecer un fondo militar, que el emperador y los miembros del parlamento podian emplear para mantener la paz y la justicia. Por el convenio del 26 de junio de 1548 se arregló tambien la situacion de los Países-Bajos respecto del imperio. Estos países quedaron obligados, con el nombre de círculo de Borgoña, á pagar su parte del impuesto de guerra y de los contingentes armados concedidos por el parlamento; el círculo de Borgoña no entraba bajo la jurisdiccion del tribunal imperial, pero el imperio tomó sobre sí la obligacion peligrosa de defender los Países-Bajos en adelante contra todos los ataques. Carlos, durante su permanencia en Augs-

burgo, se decidió á dejar los Países-Bajos á su hijo Felipe en lugar de dejarlos á su hija, que debia casarse con el joven archiduque Maximiliano. Entonces tambien movióse ya la cuestion de sucesion entre Carlos y Fernando, pero no se llegó á un resultado definitivo, pareciendo únicamente seguro que no se daría la sucesion del poder imperial á ningun príncipe fuera de la familia de los Habsburgos. Antes, sin embargo, era menester destruir el elemento democrático en Alemania, si así pueden calificarse, en aquella oligarquía germánica, las ciudades libres, que ya habian sido excluidas por el parlamento de las discusiones sobre el tribunal imperial, lo que no impidió que tratándose del auxilio contra los turcos los oligarcas nobles echaran sobre las ciudades la carga principal, sin que nadie escuchara sus quejas. En la mente de un soberano que habia luchado siempre contra la resistencia democrática de las ciudades tanto en España como en Italia, en los Países-Bajos y en el imperio alemán, no podia tener cabida la idea de una union estrecha entre la corona y la clase media; y segun la experiencia de la última guerra pudo Carlos lisonjarse de que bastarian las amenazas de emplear la fuerza para sofocar tambien en las ciudades alemanas, tan fundamentalmente humilladas, el sentimiento de independencia religiosa. De los miembros del imperio, que á lo mas se atrevieron á presentar muy tímida y sumisamente sus muy fundadas quejas contra la soldadesca española y que recibieron una contestacion negativa y brusca, dando todavía humildemente las gracias por ella, creyó el emperador que podria alcanzar tambien la misma obediencia en el terreno religioso ó eclesiástico, con tanta mas razon cuanto que el arreglo que habia hecho de esta cuestion comprendia cierta aproximacion á antiguas exigencias de los protestantes; pero aquellas conferencias religiosas que habian tenido efecto bajo la proteccion del emperador y mucho mas las concesiones de 1544 habian traspasado ya el límite hasta donde, en opinion del clero, podia ir el poder civil en las cuestiones religiosas, y mas de una vez la curia romana se habia asustado del espantajo de una reforma eclesiástica emprendida por el emperador y hasta de un cisma excitado por él, bien que Carlos V jamás llegó á concebir semejantes ideas á pesar de oírse á veces entre las personas que le rodeaban.

En cambio, no se habrá olvidado que Clemente VII y sus consejeros teólogos se habian acercado bastante á la Confesion de Augsburgo para que un cardenal de la Iglesia romana se mostrara dispuesto en la conferencia de Regensburg á hacer concesiones á sus adversarios protestantes hasta en la ardiente cuestion de la doctrina de la gracia. Verdad es que ya no habia que temer semejantes tendencias de union con los protestantes, pero el Papa con su actitud en la cuestion del concilio habia dado suficientes motivos para provocar la intervencion del emperador, el cual procuró unas veces espantar al jefe de la Iglesia y otras atraérsele. El asesinato de Pedro Luis y la anexion de Parma y Piacenza demostraron al Papa y á la curia lo que debian esperar del emperador enojado, y no era extraño que hombres pusilánimes creyeran ya ver á Carlos V marchando á la cabeza de huestes luteranas contra la ciudad eterna. El emperador, sin embargo, se esforzó en Augsburgo por hacer que todos los miembros del imperio reconocieran el concilio como tribunal supremo en asuntos religiosos, y lo logró prometiendo un concilio independiente que se atuviera exactamente á las disposiciones de la Iglesia» y diciendo que hasta su decision convenia un acuerdo previo. Para este objeto se confió en octubre de 1547 á una comision de teólogos católicos la elaboracion del acuerdo provisional y se pidió al Papa que enviara un plenipotenciario. El emperador logró su deseo pasando por encima de las opiniones contradictorias de los miembros del imperio,

pero mucho mas al pedir que se trasladara el concilio otra vez á Trento, diciendo que estaba dispuesta toda la Alemania á someterse á sus acuerdos. Esta peticion fué presentada á la asamblea de Bolonia para que diera dictámen sobre ella y fué naturalmente rechazada, diciéndose que no debia aventurarse la salud de toda la cristiandad para recuperar la Alemania. Este dictámen valió á los Padres reunidos en Bolonia la solemne protesta del emperador del 16 de enero de 1548, cuya protesta repitió poco tiempo despues el embajador Mendoza en Roma ante el Papa y los cardenales. El emperador negaba en ella su carácter de concilio á la asamblea reunida en Bolonia y declaraba que en virtud de su cargo queria proteger á la Iglesia contra el mal de que eran causa el Papa y la asamblea citada.

Antes de dar este paso habia presentado Carlos otra vez en Augsburgo su proyecto de union prévia en el asunto de religion, invocando el concurso de los miembros del imperio, sin perjuicio de reservarse la decision definitiva; pero cuando vió que una comision nombrada por él á peticion de los miembros del imperio, en lugar de llegar á una inteligencia, dió por resultado dos proposiciones incompatibles entre sí, pues que los católicos pedian al principio la completa restitucion de los bienes de la Iglesia, se decidió á entrar en la senda que su hermano le habia aconsejado desde mucho antes, resultando entonces el tan nombrado *Interim*, que solo dejó leer á los miembros del imperio y al nuncio.

La comision teológica habia hecho este trabajo rodeándose del mayor secreto y formando parte de ella Julio Pflug, el consejero imperial, Miguel Helding (Sidonio) y el obispo de Maguncia. Sirvióle de base un trabajo comparativo de las religiones hecho principalmente por Pflug. Como auxiliar protestante prestó sus servicios Agrícola, el presuntuoso predicador de palacio del elector de Brandeburgo, que despues de la muerte de Lutero habia dicho que de buena gana daría su vida por la pureza de la doctrina, lo que no le impidió pronunciar un año despues su sermón de júbilo sobre la victoria de Muhlberg. Tambien se deseó la participacion de Butzer, que en efecto llegó á Augsburgo, pero que ni con amenazas ni con halagos quiso firmar el *Interim*; porque en efecto era menester estar ciego y ser tan presuntuoso como Agrícola para decir que este libro, que estaba ya impreso en marzo de 1548, fuese el principio de la *evangelizacion* de toda la Europa, y para alabarse de haber no solamente dirigido todo este trabajo sino de haber reformado al mismo Papa y haber hecho luterano al emperador. La verdad es que este trabajo fué simplemente, segun dice Beutel, una camisa de fuerza para el protestantismo alemán. Además fué Pflug y no Agrícola el padre espiritual del libro, en el cual tomaron tambien parte algunos españoles, entre ellos Soto, el confesor de Carlos V, sin contar que despues se introdujeron muchas modificaciones á peticion de los miembros católicos del imperio.

No hay que creer, sin embargo, como creyó Ranke, que Carlos V pensase en un principio imponer el *Interim* á ambas partes, tanto á los católicos como á los no católicos. La voluntad imperial sobre el modo de ser religioso en el imperio hasta la decision del concilio general solo se dirigia á los protestantes, mientras los miembros católicos simplemente contribuyeron con su voto á hacer este estado religioso ley para el imperio, pero sin obligacion de aplicarlo en sus territorios propios.

Esta vaguedad debia de convenir al emperador; pero no se ha probado todavía que hubiese asegurado á algunos príncipes protestantes que el *Interim* seria obligatorio para todos, y por cierto nada debia estar mas lejos de su mente que imponer ni tan siquiera recomendar á los miembros católicos

del imperio las concesiones mas importantes del *Interim*, que eran la comunión en ambas formas y el matrimonio de los sacerdotes, si bien estas concesiones habian sido declaradas hasta en Roma, despues del parlamento de 1530, admisibles en caso necesario. Fuera de esto el *Interim* ofrecia á los protestantes solo alguna concordancia lejana y por cierto muy ambigua con su doctrina y lenguaje, no tanto en la cuestion de la justificacion como tratándose de la misa y de algunos otros puntos, pasando por ejemplo en silencio el purgatorio. A pesar de todo esto debe considerarse el libro del *Interim* como católico, porque imponia á los protestantes no solamente el reconocimiento de la jurisdiccion episcopal, sino tambien toda la balumba de las ceremonias abolidas, es decir, la admision de los siete sacramentos, las misas diarias, los ayunos, el culto de los santos y las bendiciones. En una palabra, el *Interim* imponia el catolicismo en cuerpo y alma como lo habian arrojado de las iglesias y de los corazones los huracanes de la reforma. En opinion del pueblo estas diferencias exteriores tenian mas importancia que todas las argucias dogmáticas; y si los teólogos protestantes pretendieron ver en el *Interim* otra cosa mas que el paso manifiesto á la reaccion eclesiástica, engañaron al mundo á sabiendas ó porque se engañaron á sí mismos.

Con justo motivo pudo Carlos V rechazar como contraria á la razon la pretension de los príncipes católicos inspirados por la Baviera, de que los protestantes renunciaran además expresamente á la Confesion de Augsburgo. En su contestacion dijo el emperador en una alocucion personal á los magnates eclesiásticos que se habia ganado mas que nunca á los contrarios y que era de esperar que se ganaria mucho mas en adelante. En 15 de mayo fué presentado el *Interim* al parlamento y fué aceptado en nombre de todos los miembros por el príncipe elector de Maguncia, sin que se levantara protesta en ninguna parte; pero cuando inmediatamente despues del parlamento declaró el elector Mauricio que debia entenderse primero con sus estamentos y teólogos; cuando el marqués Juan de Custrin rehusó decididamente aceptar el *Interim*; cuando el conde palatino de Dos-Puentes dijo que, atendido el estado de sus súbditos, era imposible una aplicacion rápida del *Interim*, y finalmente cuando el elector cautivo Juan Federico, á pesar de todos los halagos y amenazas, se mantuvo en su resolucion de sufrir en este asunto, que trataba de la bienaventuranza de las almas, todo cuanto á Dios le pluguiera, vislumbró acaso el emperador seguramente que los triunfos mas brillantes de sus armas estaban muy lejos de haber vencido al enemigo. Uno de sus consejeros escribió en 26 de junio: «La opinion pública en el parlamento, que permite juzgar de las intenciones de la gente, indica que á nadie gusta el *Interim*, pero que en la situacion en que se está se prometen muchas cosas que no se piensan cumplir. El emperador lucha por la religion contra la cabeza de la misma Iglesia que es el Papa y contra dos miembros de la Iglesia en Alemania;» es decir, contra la masa de los protestantes y contra los príncipes eclesiásticos, porque estos últimos estaban tan disgustados de la reforma que les pedia el emperador como del no cumplimiento de la restitucion de los bienes eclesiásticos secularizados.

El vice-canciller Seld aseguró despues que en la intencion del emperador no habia entrado una realizacion forzosa del *Interim*, ya que en su opinion hubiera sido de ningun valor. A pesar de esto no se escasearon las amenazas, sobre todo tratándose de ciudades, á las cuales á cada ocasion se hacia sentir su posicion inferior en el imperio, y un consejero imperial dijo al embajador de Francfort que las ciudades debian aprender otra vez lo que habian olvidado, que convenia enviarles gente que supiera enseñárselo y que todavía